

LOS PASTORES DE CALPURNIO SICULO

José A. Correa

1. La innegable coherencia que presenta el mundo pastoril de Calpurnio Sículo ha llevado a pensar que se trata de un trasunto fiel de la realidad que rodeaba al poeta y se ha pretendido identificar con más o menos éxito a cada uno de los pastores con personas más o menos conocidas de su época, la de Claudio y Nerón¹. No parece ciertamente razonable negar toda conexión con la realidad, habida cuenta de que tres de las siete bucólicas de Calpurnio Sículo tienen un claro carácter panegírico y perderían buena parte de su fuerza adulatoria si se situaran en un mundo totalmente imaginado. No hay así dificultad en admitir que Coridón, el verdadero actor de estas tres bucólicas (I, IV y VII), es el propio poeta; pero no es aceptable considerar esto como el cabo de un hilo, tirando del cual se saca el ovillo todo de la personalidad real de los pastores. Supone tal interpretación un olvido de la ficción poética, como si el poeta no hubiera sabido crear su mundo al margen de las sugerencias del ambiente circundante. Sin atacar o defender tampoco tal o cual identificación, los párrafos que siguen pretenden describir este mundo de pastores tal como el autor nos lo ha pintado.

2. Apoya esta lejanía de la realidad histórica, mantenida aquí

1. L. Herrmann, «Les pseudonymes dans les Bucoliques de Calpurnius Siculus», *Latomus* XI (1952), 27-44; R. Verdière, *T. Calpurnii Siculi De laude Pisonis et Bucolica et M. Annaei Lucani De laude Caesaris Einsidlensia quae dicuntur Carmina*, Bruselas, 1954, pp. 49-61.

como principio metodológico, un primer rasgo de este mundo poético. Pocos son los esclavos que se mueven en el escenario bucólico (cuatro en un total de 36 pastores, presentes o ausentes). A tres de ellos (Alfesibeo, Dafnis y Dórilas) los vemos al final de la bucólica II, a la caída de la tarde, recibir las escuetas órdenes de sus amos para recoger el ganado o abrir las compuertas de riego². Un cuarto, Títiro, está más definido, por su eficacia y lealtad: acompaña a su amo en la búsqueda de una ternera extraviada y recibe el encargo, que cumplirá con acierto, de encontrarla y traerla a base de palos; de él sabemos además, por boca de su amo, que una noche sorprendió a un ladrón en el aprisco y, atándole las manos con flexible sarmiento, lo colgó enmedio.

Mas todos son personajes mudos, casi sólo comodines para cerrar la acción; de una u otra manera están siempre presentes³ para recibir órdenes y ni siquiera se les cita cuando el pastor quiere jactarse de riquezas, no se trata con ellos, contradictoriamente, de afirmar dominio alguno. En esto como en la relación padre-hijo nos encontramos muy alejados del mundo más «real» de la comedia.

3. En efecto, en la bucólica V, la única en que aparecen un padre y un hijo, Micón y Canto, ambos están asimétricamente caracterizados: el uno, de acuerdo con sus propias palabras, por los achaques de la vejez, la sabiduría práctica y un cariño interesado al ganado; el otro, por un dócil silencio y el vigor juvenil que hay que deducir de las palabras de su padre. Porque, igual que los esclavos, tampoco Canto habla, sino que, mudo y suponemos que inmóvil, oye a lo largo de toda una tarde los consejos de su padre sobre los deberes de un pastor en las cuatro estaciones del año y, todo ello, en un auténtico acto de transmisión de herencia. Es el hijo sometido al *paterfamilias* y sin palabras ni acción propias. Es también un comodín para exponer una geórgica⁴. Hijo y esclavos vienen a ser simples peones de la acción bucólica.

2. Alfesibeo y Dafnis son ambos esclavos del pastor Idas, pero el primero se encuentra alejado con parte del rebaño, en tanto que el segundo está junto a su amo. Se consigue así dar fondo a la escena, pero también corresponde tal vez al hecho de que cabras y ovejas suelen preferir lugares diferentes para pastar, cf. V 5-8, 14-15 y 29-30.

3. Títiro abandona el escenario al comienzo de la bucólica y se le ve llegar al final.

4. De hecho la bucólica V sigue de cerca a Virgilio, *Geórg.* III 295-456.

4. Se advierte también una especie de sometimiento o dominio en la relación que se establece entre el pastor protegido y el protector, más en concreto entre Coridón y Melibeo. Ocupa ciertamente Coridón un lugar central en la obra de Calpurnio y es forzoso referirse a él con alguna extensión.

Coridón es el pastor mejor delineado del universo calpurniano. Tiene dos hermanos, Ornito y Amintas; en un momento dado hace referencia a sus padres (I 4, 26-27); su amada es Leuce, que lo ha rechazado, al menos temporalmente (I 13); en sus primeros momentos de poeta ha pasado verdadera necesidad hasta que encontró la protección de Melibeo, del que espera ayuda económica y moral a su natural timidez (IV 58); posee dos flautas: una, hecha por el mañoso Ladón, nombre que tiene resonancias arcadias⁵; otra, regalada por el docto Jolas.

Coridón es propiamente el enlace entre el ideal mundo pastoril y el mundo real, urbano e imperial. Habla de la Bética como lugar al que estuvo a punto de ir si no hubiera sido por Melibeo (IV 38-42); ha visitado Roma, admirado su espléndido y provisional anfiteatro y contemplado unos juegos maravillosos; ha podido ver, de lejos, dada su pobreza, al dios, al emperador (VII 79-83). Nada tiene de extraño que unánimemente se vea en él al propio Calpurnio.

Las relaciones de Coridón con sus dos hermanos son bien distintas. Ornito (bucól. I) tiene personalidad propia: es de buenas zancas y esbelto cuerpo; opina y lee en alta voz el oráculo de Fauno sobre una nueva edad de oro que él y Coridón encuentran grabado en un haya; es él y no Coridón quien expresa el deseo de que Melibeo lleve estos versos a oídos del Augusto. Se comporta en resúmenes cuentas como un hermano mayor. En cambio, Amintas (bucól. IV) es casi un desdoblamiento literario de Coridón: es algo menor que este, también es poeta bucólico, ha pasado asimismo necesidad hasta que en su vida ha surgido Melibeo; se habla de él en la conversación entre este y Coridón, pero aparece en escena únicamente para comenzar el canto amebico y como contestador. Al final de la bucólica (IV 164-7)⁶ expresa un deseo que es el mis-

5. Cf. Ovidio, *Metam.* I 702. Ladón está a medio camino entre la realidad poética y el símbolo, como más abajo se dirá a propósito de Menalcas, Alexis y Amarilis.

6. No hay consenso en la tradición manuscrita sobre quién pronuncia estos versos.

mo de Coridón (y Ornito en la bucólica I) e incluso tiene una iniciativa, preparar el almuerzo; pero ambos hermanos reciben una misma orden, bajar las ovejas al río porque zumba el calor. Resulta así Amintas un nuevo comodín del poeta, esta vez para hacer posible el canto amebeo en loor del emperador, cuya sonrisa y benéfica presencia se desea y para el que se pide la inmortalidad en la tierra.

También en la bucólica IV está definido literariamente Coridón. Melibeo, su protector, lo encuentra con gesto pensativo y, al saber que intenta cantar a la edad de oro y al dios que rige pueblos, ciudades y la paz, le reconviene: «Los númenes de la gran Roma no se deben cantar como el aprisco de Menalcas» (IV 10-11). No es Menalcas, que sepamos, otro de los pastores calpurnianos, sino un símbolo, el de la pura poesía pastoril, rústica incluso; símbolos éstos que abundan en esta bucólica en la medida en que faltan en las demás. Así volverá a avisarle Melibeo a Coridón: «Ten cuidado, no sea que tu flauta de frágil boj sople tan estridente como suele sonar las veces que alaba a Alexis» (IV 73-75). Difícil es no pensar aquí en la segunda bucólica de Virgilio, en el Coridón virgiliano enamorado de Alexis. Es un nuevo símbolo de la poesía más puramente bucólica, como lo es también Amarilis en boca del Coridón calpurniano: «Ahora gracias a ti, Melibeo, no es quejoso mi son, gracias a ti estoy tendido a la sombra, descuidado y satisfecho, gozando de los bosques de Amarilis» (IV 36-38). Se trata de la entrega total a la poesía bucólica; así como un paladino reconocimiento de la deuda del pastor-poeta Coridón a otro pastor-poeta, Títiro, «el primero que cantó... melodiosa canción con caña del Hibla» (IV 62-63).

No es sorprendente ni incómodo que Calpurnio utilice un mismo nombre, el de Títiro, para referirse a dos personas distintas. El Títiro del que antes se habló es un esclavo, que forma parte del presente; este otro es un poeta sagrado, perteneciente al pasado, que con su flauta sobrepasó el sonido de la lira y encantó a la naturaleza, un dios de dulces cantos (su flauta, que suena dulcísima a Fauno, ha llegado a ser de Coridón por obsequio de Jolas). Calpurnio, como reconociendo su deuda literaria, da suficientes datos para identificarlo con Virgilio: fue llevado de los bosques a la ciudad reina por su «Melibeo» y, una vez abandonado el aprisco,

invitado a cantar los campos y las armas; por otro lado, Melibeo invita a Coridón a imitar a la flauta que cantó bosques dignos de un cónsul, clara referencia a Virgilio, *Egl.* IV 3. No hay confusión posible. Títiro está así en el centro de la realidad externa, la realidad poética y el símbolo.

No sería exacto afirmar sin más que la razón de ser del pastor Melibeo es Coridón. Ciertamente su esencia es la de ser protector de este y, como este, es enlace entre el mundo poético y el mundo de la corte imperial, pero tiene perfiles propios. Es versátil poeta, obsequiado por Apolo y las Musas, y fino crítico (IV 52-57); ha reconocido la valía de Coridón, si bien manifiesta sus reservas ante los proyectos poéticos de su protegido para luego, no obstante e incluso por eso, alabarlo sin reservas. Y un rasgo que nos lleva a una idea apuntada más arriba: actúa con autoridad ante Coridón (y Amintas), hay algo de dominio en la protección. Repartirá sin más los papeles del canto amebeo: «Ahí viene tu hermano Amintas, a tus cantos responderá él a su vez con los suyos. Cantad sin demora y contestáos alternativamente. Tú primero, Coridón; a continuación irás tú, Amintas» (IV 78-81). Y cerrará la bucólica IV con la típica orden del amo a los esclavos: «Bajad ahora las ovejas al río» (IV 168).

Cabe señalar, por último, otra característica en el perfil literario de Coridón: es el cantor sin rival, sin el sonido de su flauta pastores, ganado y bosques están sumidos en la tristeza, reconoce Licotas en la bucólica VII. Dicho de otro modo, la figura de Coridón ha ido gradualmente a más a lo largo de las tres bucólicas en las que interviene (nunca es meramente aludido): en la bucólica I está en un segundo plano, se oculta más bien tras su hermano Ornito, que adquiere así un cierto carácter vicario; en la IV su otro hermano, Amintas, es un simple reflejo suyo, el canto amebeo de ambos no es una verdadera competición, sino mero pretexto de autoafirmación (no habrá vencedores ni vencidos, porque no podía haberlos); en la VII se afirma su superioridad manifiesta sobre cualquiera, no hay que acudir ya a «hermanos».

5. No es Coridón el único pastor calpurniano trazado con rasgos nítidos. No le va a la zaga Lícidas, que interviene en las bucólicas III y VI. Al contrario de Coridón, que casi se alegra de haber

sido rechazado por Leuce (I 13-15)⁷ y no parece conocer pasiones, el irascible Lícidas está obsesionado por sus cuitas amorosas; por él, como luego se verá, Filis deja de ser entre las pastoras una mera referencia convencional y adquirirá un perfil definido. Porque Lícidas es experto en describir y ridiculizar, cuando le conviene, a los demás, en particular a Mopso, su rival en amores.

Este y Filis, la amada de Lícidas, han tenido la osadía de fabricarse juntos una siringa y juntos ponerse a cantar bajo las encinas (III 26-27). Lícidas, celoso, la emprende a golpes, al parecer con ambos y no sólo con Filis. Su descripción de Mopso es, como todo él, extremada (le mueve más el odio a Mopso que el amor a Filis, ridiculiza más a aquel que recrimina a esta): es un advenedizo, ladrón, mentiroso y rematadamente pobre; tiene la voz seca, sus versos son torpes y toca mal; en otro momento (VI 83-85) lo acusa de homosexual⁸ y, si bien no dice que sea feo, acúsalo igualmente de ser menos hermoso que él mismo⁹.

La extremosidad de Lícidas se pone también de manifiesto en la bucólica VI. Es esta desde el comienzo una pura discusión con Astilo, al que llama parcial y desvergonzado, acusándole de haber fallado injustificadamente en favor de Alcón con daño para Nícilo; lo acosa con indirectas (VI 25-26 «No puedes echarme en cara verdades como tantas a ti Licotas»); más adelante insinuará que Mnasilo, al que han escogido como juez para su competición, fue en otra ocasión demasiado benévolo con él), se burla de él (VI 49 «Fíjate qué miedo»), lo acusa irónicamente de homosexualidad con Mopso y parece insinuarlo también a propósito de su fallo favorable a Alcón (VI 14-16). Ahora bien, como Astilo es interlocutor y no meramente aludido como Mopso, su personalidad no queda para el lector a merced de Lícidas: acusa a este de poca voz y acepta a regañadientes competir con él, se impacienta con sus dilatorios ataques personales y termina exasperado amenazándole con la fuerza.

La habilidad descriptiva de Lícidas, que es la de Calpurnio, alcanza, aunque con más brevedad no menos desafortadamente, a

7. No hay más referencias amorosas de él.

8. Puede que haya también una referencia obscena en el calificativo de «jadeante» que le aplica en III 35.

9. Esto parece ser lo único positivo que acepta en Mopso, tal vez porque es un hecho innegable que Filis se ha ido con él.

otros dos pastores, Alcón y Níctilo, que han competido bajo el arbitraje de Astilo. Alcón será rudo en el canto, cual corneja o siniestro búho real; su victoria en el certamen se habrá debido a que se presentó «resplandeciente, más pulcro que un huevo pulido, la sonrisa en los ojos y el cabello tan parecido al oro que, de no cantar, hubiera podido llamársele Apolo» (VI 14-16). Níctilo, en cambio, será un jilguero, un melodioso ruiñón, tan por encima de su rival en habilidad y maestría con la siringa como en el físico; pero se presentó ante el tribunal de manera poco «atractiva».

En coherencia con esta actitud Lícidas también se describe expresamente a sí mismo y no sólo por su actuación: ama tanto a Filis que ha despreciado las súplicas y la dote de Calírroe; reconoce sus celos, su cólera y su odio a Mopso; se considera buen poeta y tañedor, admirado en tiempos por Filis, y confía aún en el poder persuasivo de sus armoniosos versos; es, por supuesto, hermoso, rico y generoso; ante el desdén de Filis está pálido y con ojeras de no dormir, dispuesto a entregar rendidas sus manos violentas e incluso a colgarse de la encina que violó primero su amor; por último, esperará impaciente el resultado de las gestiones del condescendiente Jolas ante Filis. En resumidas cuentas, extremado también en su propia estimación y actitud.

6. Filis no es, desde luego, prototipo de las pastoras de Calpurnio. Tiene en común con las demás (realmente pocas) el ser objeto de amor y el no intervenir por sí en el diálogo: ninguna de ellas está presente. Las pastoras son un pretexto para el amor (y el amor un pretexto para el canto). Ellas aceptan o son aceptadas: así Pétale es la amada de Astilo y tema frustrado del frustrado amebeo de la bucólica VI¹⁰. Otras veces rechazan: Crócale es inaccesible a Astaco e Idas (v. infra); Leuce ha rechazado a Coridón. En alguna ocasión es rechazada: así Calírroe por Lícidas. Pero Filis escapa a este mundo borroso, tiene vida en labios de Lícidas, oímos incluso palabras suyas, si bien todo bajo el prisma deformante e inevitable del pastor enamorado. Es veleidosa y perjura

10. Es probable que Acantis (VI 76) sea otra amada de Astilo y haya participado con este en un concurso poético, pero la interpretación del pasaje es controvertida. V. Verdière, *o. c.*, pp. 58 s.

(como todas, se lamenta el buen amigo Jolas), y casquivana; parece haberse ido con Mopso por un capricho pasajero (Lícidias está seguro de que el problema no es Filis sino Mopso), pero ante la airada y violenta reacción del colérico enamorado se va a casa de su amiga Alcipe (otra pastora sin más rasgos), diciendo: «Cobarde Lícidias, tu Filis te abandona y amará a Mopso» (III 31-32). Pero tiene aspectos positivos: gustaba de la poesía de Lícidias (por ahí atacará este con su bella epístola amorosa), daba sentido a su vida, se mostraba verdaderamente enamorada, era maravillosa. Se presenta, en su actitud, equilibrada a Lícidias: ambos tienen un agradable pasado en común y sendas acciones censurables en el presente. Flota en el ambiente de la bucólica III la idea de que Filis es aplacable, de que habrá reconciliación. Y esto es lo que, en efecto, hay que deducir de la bucólica VI, donde Mnasilo pondrá sin más a Lícidias que cante a Filis (pero el certamen con Astilo nunca llegará a iniciarse, como se ha dicho), en tanto que Lícidias no desaprovechará la ocasión de insultar de nuevo, aunque sea indirectamente, a Mopso (VI 83-85; v. supra).

7. Esto último supone que en el mundo pastoril de Calpurnio hay una profundidad temporal, dada no sólo por referencias aisladas a hechos pasados sino también porque un mismo pastor puede aparecer en más de una bucólica, por sí o aludido o ambas cosas a la vez. No son, pues, las bucólicas de Calpurnio meros cuadros inconexos de un mundo estereotipado, sino una ficción poética llena de vida (ausente en cambio la muerte, excepto en el gesto más bien retórico de Lícidias), donde, como hay juventud, hay también vejez. Ciertamente es más un mundo de jóvenes que de ancianos, pero la edad es una característica que pocas veces está explicitada.

Viejo es Licotas, hipotético acusador de Astilo según Lícidias y, sobre todo, interlocutor de Coridón en la bucólica VII. Llámalo éste perezoso, insensible, falto de curiosidad que le empuje a salir del paisaje habitual y visitar Roma; pero la realidad es que muestra un fuerte interés por el viaje de Coridón, viaje que él no puede hacer por los achaques de la vejez, no por falta de veneración curiosa hacia el dios, el emperador.

Viejo es Tirsis, juez escrupuloso en la bucólica II que echa a

suertes el orden de actuación en el certamen poético, juez espiritual que desprecia las prendas y prefiere que se luche por la gloria, juez ecuánime que declara empatados a los competidores, juez bondadoso que sabe alabar una vez cumplido el rito pastoril del amebeo. En el universo calpurniano Tirsis es una figura patriarcal: él también purificará los apriscos e invitará a los jóvenes en general a concurso (bucól. VII).

Viejo es Micón, que lega a su hijo junto con el ganado una larga lista de consejos y del que, posiblemente por su edad, al final de la bucólica VI se insinúa que podría ser juez de la querrela entre Astilo y Lícidas.

No sólo Micón, sino también Jolas es presentado como posible juez, quien, por este detalle y por aparecer como docto transmisor del gran poeta Tí tiro a Coridón, se dibuja como persona no joven. Está bien caracterizado en la bucólica III como confidente de los amores de Lícidas: es sensato y experimentado (vv. 36-38 «Tú has empezado la riña, ríndete tú a ella el primero; hay que ser indulgente con una muchacha, incluso si ella es la que primero ataca»); servicial a pesar de la desairada acogida de que ha sido objeto por parte de Lícidas, se le ofrece como mensajero ante la encolerizada Filis. Y un detalle: cree en los presagios, favorables por supuesto a su amigo, lo que acentúa su carácter bondadoso.

Mnasilo, a quien el violento Lícidas propone como juez «nada impresionable» (VI 29) para su disputa poética con Astilo (ya ha sido juez de este en otra competición), está caracterizado por la frustración: quiere elegir el lugar apropiado, pero los contendientes prefieren otro; desea oír cantar tiernos amores y no habrá canto amebeo. No hay, sin embargo, indicios de que sea persona de edad a pesar de su carácter de árbitro, como se sabe expresamente de Tirsis, Micón y se supone razonablemente de Jolas¹¹.

8. Más abundantes entre los pastores de Calpurnio son los jóvenes caracterizados como tales. De ellos forman prototipo solidario el pastor Idas y el hortelano Astaco, «ambos hermosos y no dispares en el canto» (II 3-4) y, como dice el juez Tirsis al final del canto amebeo, están unidos por «la gallardía, los cantos, el

11. También Astilo ha sido juez de una competición, y, de asignarle edad, le conviene mejor la juventud.

amor y la edad» (II 99-100). Forman, por utilizar una expresión lingüística, una oposición equipolente: sobre una base común (además de lo dicho reciben directamente favores de los dioses, son hábiles en su trabajo, están enamorados de Crócale, son piadosos, ricos y generosos) tienen ambas características a primera vista irreductibles (dedicación a la ganadería en *Idas*, a la agricultura en *Astaco*) que sirven de maravilla para ese juego de rebotes que es el canto amebeo. Pero la realidad es que el mundo de pastores lo es también de agricultores. Así se deduce, por ejemplo, del modo de hablar de Coridón al describir los colmillos de elefante que ha visto en el anfiteatro (VII 55-56 «Cada colmillo, créeme, Licotas, si te fías de mí, era más largo que nuestro arado»). Y siguiendo el símil lingüístico puede afirmarse que, fuera de la bucólica II (la de *Idas* y *Astaco*), esta oposición no funciona, sino que se impone habitualmente uno de los rasgos, el de pastor, pero que también puede aflorar en cualquier momento el de agricultor (esto parece claro en el amebeo de la bucólica IV cantado por Coridón y Amintas, donde éste último se refiere tanto al pastoreo como a la agricultura¹²).

La característica de juventud, tan destacada en *Idas* y *Astaco*, aparece también explicitada en otros pastores, pero en su inmensa mayoría los pastores de Calpurnio (y por supuesto todas las pastoras) no tienen edad declarada. Flota, sin embargo, en toda la obra un hálito de juventud (¿quién podría imaginar con congruencia una pastora ya entrada en años?), una especie de demora del tiempo que, sin anular la profundidad cronológica, difumina su perfil.

9. Junto a este desvaimiento temporal hay un equilibrio en la distribución espacial. Aproximadamente la mitad de los pastores no están presentes en el diálogo, son la tercera persona, de la que se habla, a veces tan poco que apenas si son algo más que un nombre. Así, por ejemplo, Egón en compañía de Estimición observa en actitud comprometedora a Astilo y Mopso (VI 83-85); de Estimi-

12. Vv. 102-106, 127-131 (pastoreo), 112-116 (agricultura). Coridón se refiere a la agricultura en los vv. 122-126, pero no se puede señalar una estrofa para el pastoreo. Ciertamente este canto amebeo presenta una laguna de al menos una estrofa, ya que el número de estrofas transmitidas es impar.

cón sabemos además que ganó un concurso poético-musical en ausencia de Coridón (VII 9-10), pero nada más. Son ambos apenas un destello.

De los pastores presentes no intervienen en el diálogo ni los esclavos ni Canto, hijo de Micón (v. supra). Algunos aparecen como interlocutores en una bucólica y meramente aludidos en otra (Micón, Melibeo, Licotas, Tirsis). De Filis conocemos indirectamente, a través de Lícidas, palabras suyas. Jolas es un caso único: interlocutor en la bucólica III, aludido (casi presente) en la VI, y en un plano similar a Filis en la bucólica IV (aquí es Coridón el que nos repite sus palabras)¹³.

Se consigue con esta variedad ciertamente una profundidad espacial, pero no hay lejanía; más aún, parece haber en ocasiones un intento deliberado por parte del poeta de acercar el horizonte pastoril, de reducir su perímetro (a Estimicón y Jolas se los llama expresamente vecinos en la bucólica VI). Y este mundo pastoril está bien diferenciado del mundo real. Hay, sí, referencias geográficas (a la Bética, Lucania, Creta¹⁴), pero están fuertemente teñidas del ambiente pastoril y vienen a ser todo lo más una especie de mundo intermedio. En cambio, volviendo en cierto modo a la idea con que se abren estas páginas, en la Roma de Calpurnio, excepto Coridón (y Melibeo), no hay pastores sino romanos y un dios.

13. También Coridón nos hace oír las palabras de un amable viejo que le comentó en Roma las excelencias del anfiteatro y los juegos (VII 40-55), pero esto cae expresamente fuera del mundo pastoril.

14. IV 42, VII 17 y IV 95 respectivamente.